

El Normalista

ANY 1

GIRONA, MARÇ DE 1920

NÚM. 5

Observando

Si algún día en nuestro paseo tropezamos con un corro de niños que juegan, tomando barro y formando informes monigotes, parémonos y observémosles. Veremos como afanosos arrancan el barro de la madre tierra, lo golpean, lo polvorean, para que se les pegue en los dedos; en fin veremos como obran. Su trabajo es de iniciativa personal; como ser activo se complace en formar cosas materiales que las relaciona con las ideas que vagas flotan por su inteligencia, y a aquellas figurillas les dice: «Tú eres el general, tú un soldado...» y con el producto de su actividad da vida a un mundo, fruto de su imaginación.

Vemos pues que el niño trabaja, construye, pero ¿no habrá un algo oculto que lo llevará a dicha actividad, constituyéndose en fuerza motriz de sus actos? Sí. El interés.

Al niño le rodea un mundo de cosas con las cuales forma, mediante repetidas sensaciones, su representación mental. De entre ellas habrá unas que en su alma

resaltarán más que las otras y según sea el interés que sienta el niño por ellas obrará, despertando en él una determinada afición.

Además ¿esos interminables porqués, no son prueba patente de que el interés mueve su actividad? Un niño ve un objeto y lo mira, luego lo toca y por fin, para satisfacer su interés especulativo, quiere más, quiere saber como está formado, como están relacionados sus elementos, destrozándolo para ello en mil pedazos. Por poco que nos fijemos en este proceso, veremos como el deseo de conocer lo nuevo, es lo que actúa de fuerza motriz; y fijándonos en el último punto, podremos observar un error de muchos padres. Dicen éstos que sus hijos son malos, que todo lo destrozan, que tienen un espíritu de maldad y destrucción; pero no; el niño no es malo, lo que ocurre es que llevado por el interés que las cosas le despiertan, quiere conocerlas, analizarlas, descomponerlas y para ello, las destroza. ¡Pobres niños! cuando en sus almas

la malicia no ha sentado aún sus reales, quieren que sean ya malos.

Dejemos al niño en sus juegos y veámosle en la escuela, donde, recién llegado, vuelve y revuelve con avidez las hojas de su Camarada; mirémosle, al mirar con afán los grabados y observemos que en lo último que se fija es en el convencionalismo del lenguaje, en las letras. El sigue revolviendo hojas, hasta que la voz del maestro, le dice: Mira niño: hay que fijarse en la página que se lee, y entonces se le obliga a mirar siempre la misma hoja pero sus ojos ávidos de ver cosas nuevas se distraen ante los cuadros que cuelgan de las paredes quedando las letras sin aprender. Lo mismo ocurre cuando éste ha hojeado el libro, satisfaciendo por completo su curiosidad, su interés; entonces el libro nada le dice y el maestro quieras que no quieras, se lo hace contemplar hasta que lo *sepa*, como si saberse un libro de memoria, fuese saber leer.

El niño quiere cosas nuevas, cosas que le interesen. La repetición, aunque es el alma de la instrucción, (1) a veces, aburre al niño, quiere ver cosas que no las haya visto nunca y no cosas, cuando las ha contemplado saciadamente. Ejemplos como el anterior en que el niño se aburre, por no dejarlo obrar; se ven con frecuen-

cia y todo es efecto de que el educador no sabe aprovechar esa energía latente que hay en el alma del niño, llamada interés. Ya que éste es el propulsor de todas las actividades infantiles: sepamos lo que es. Herbart dice. «El interés es el gusto que tomamos a una cosa y que hace se sienta placer en ella; y si es lo que mueve el gusto a las cosas démoslo al niño cosas que le interesen, jamás que lo aburran.

V. TORRAS FULLÁ.

Alumno de 3er. curso

De mi cartera

Los rayos del Sol caían perpendiculares sobre la tierra; estábamos en pleno verano, en el mes de Julio; tiempo en que hasta los más insignificantes reptiles buscan la protectora sombra de los árboles. Iba yo paseando por una arboleada, pisando mullida alfombra de verde césped. Los árboles mecíanse al débil soplo del peniente y el murmullo de la cristalina fuente, los cánticos del ruiseñor y otros mil pajarillos, delcitábanme de tal manera que, arrebatado del entusiasmo, iba también a mezclar con ellos mis cánticos, cuando la campana del próximo pueblo nos llamó para acompañar un Viático. Entonces dirigí mis pasos hacia el pueblo.

* * *

En la puerta de la Iglesia estaban esperando la salida del Viático una multitud de honrados la-

(1) Padre Girardt.

brigos que con velas encendidas iban a acompañar al Rey de cielos y tierra. Ya en la calle, dirigiose la comitiva a casa del enfermo. Iban delante varios monaguillos con hachas encendidas, el Santísimo era llevado por el Párroco bajo de la umbela que sostenía el Vicario; en pos seguían hombres y mujnes rezando el Santo Rosario en actitud recogida.

El enfermo a quien se le había de administrar el Viático era el viejo Roque que con sus noventa años preparábase para salir de este miserable mundo.

Cuando vió entrar en su dormitorio al sacerdote que llevaba a Dios en sus manos, saltando de la cama, dijo a los que le querían detener: «dejadme que por postrera vez me humille y le reciba de rodillas, en la tierra, pues pronto le veré y adoraré en el Cielo»

Tras estas palabras le recibió con gran fervor; al retirarse el sacerdote, besó el suelo que había pisado y en el mismo momento en que al Párroco entonando el cántico de acción de gracias, cantaba «Te Deum laudamus» invocando el nombre de Dios y con plácida sonrisa, expiró.

Yo me retiré pensando que es mucho más bella la muerte del justo que todas las galas de la Naturaleza. CARLOS VALLS LLUCH

Desilusions.

Estava fent patir la meva mullera, buscant un assumpte per un article pel NORMALISTA, però, cal ni pensar-hi, es coneixia pla bé que el Sol em donava de ple a la

cara, puig no servia per res, no podia fer ni una sola ratlla, no tenia ganes d'escriure.

De prompte sento una cridòria, giro'l cap, i veig una corrua de joves que porten unes mantes entre vessades pel cos, igualment que les bandes dels generals; molts riuen, però, quin riure!, no ho és pas aixó, amics, porque a tots sembla endevinar a sa cara una desanimació poc acostumada; sabeu qui eren?, doncs els soldats de la «Pàtria, d'aquesta Pàtria que te necessitat d'èsser defensada pels seus fills, els quals, sense tenir en compte res, ni que hagin de trencar les seves alegries, les seves il·lusions, van a servir-la; malgrat i tenir tots ells una flama encesa dintre son cor, unes il·lusions falagueres que convertir en realitat, una carrera, uns projectes pel per vindre, van a servir la satisfacció interna porque compleixen amb un deure sacratisim.»

«—Fills meus, dexeulos un moment els vostres amors, les vostres ocupacions i veniu a defensar-me que ho necessito.»

Es veritat; que és tant trist deixar, en plena juventut, mare, un poble, un cor, una il·lusió... però res hi ha tan digne com sacrificar-se per la Mare comú.

Entre els companys que anaven cap a l'Àfrica hi havia en Clarà i en Climent; pobres companys!

Vosaltres, pletòrics de desitjos tenieu frisances d'acabar la carrera; haveu arribat al vostre desig, i aleshores teniu que marxar a terra estranya, sols, a agafar l'arma entre vostres mans, entre aqueixes mans que han de senyalar el camí

que ha de seguir l'infància. Jo m'imagino veure-os sols, allà, lluny, pensant en vostre terra aimada, en ses costums, en sa dansa, iestic segur que una llàgrima traidora, sortirà de vostres parpelles per mullar les vostres galtes, perque, amics, s'anyora tan la casa quan s'es lluny d'ella!

Vareig tocar la ma dels dos companys.

—Adeu, adeu,—em digueren— records a tots, . . . i marxaren, barrejant-se entre'ls altres. Jo'ls vaig seguir... i ja m'ho temia!; al ser al cap-damunt del carrer, tots dos, instintivament, al hora, es varen girar; donaren un darrer adeu a l'escola; aquells jorns venturosos d'alegria acabaven amb aquella mirada; les aules, els professors, els companys, tot, tot passà pels seus ulls com si volguessin estampar-ho al bell fons dels seus cors. Adéusiau, companys!; desde avui ja no podeu fer bromes irreflexives ja no os sont permeses aquelles cançons que cantàvem els dijous.

Que és trista, companys la vida!; pujem alegres, contents, per l'escala d'ella, sense preocupam's del jorn de demà; estudiem, —o no ho fem; passem cursos, i quan estem disposats a donar fruit, quan ens sentim homes, llavors, llavors hem de trencar nostre joventut per algun temps i hem de deixar a la bona dona, a aquella santa, que'ns feia dormir quan erem nins, damunt sa falda, cantant-nos belles cançons Sort n'hi ha de qué la tristot sensible és compensada per la pau interna que naix del deure compler.

SALVADOR FERRER.

Nostra missió

Tots els homes han de pensar i lliutar per l'endemà. Nosaltres, els joves estudiants del Magisteri, tenim de pensar també fonament en la tasca que haurem d'empendre un cop assolides les nostres aspiracions.

Com el sol naixent en l'aubada d'un jorn de primavera que pujant poc a poc des de l'horitzó, fa retirar les negrons de la nit, donant al començament un to verdós a l'aspai, després groguenc, fins que surtint els cabells d'or de l'astre rei espargeiuen raitjos de llum, que febles primerament i potents un cop migdia, saturan de vida a la natura... amagant se després de sa fecunda tasca rera les montanyes ponentines... Amb aital forma deuriem d'esser els homes: deixar son pas fecond per demunt de la terra.

Aixís com l'agricultor cura dels terrenys i els metjes del cos dels homes, el Mestre te a l'ensem una doble missió que es conreuar i fer germinar les sanes idees de l'home com l'excalfor del sol que desvetlla les energies de les plantes.

No em faig l'il·lusió de que tinguem d'èsser—temps a venir—un sol de potencia, sino un pur sol de voluntat!

Nostra missió serà espiritual, un veritable sacerdoti. Com Febo fon el nucli generador dels planetes que'l revolten, un Mestre deu haver d'esser un altre nucli del qual sortin les fermes espiritualitats dels tendres infants que a son entorn es formin.

M. TOLOSÁ SURROCA

«La Editorial Gerundense»